

creyereis capaces de inspirarle el vicio. No permitais las libertades indecentes de la juventud, ni que se digan palabras ni se canten canciones deshonestas delante de ella; pues con dificultad se borran las primeras impresiones que recibe una persona joven. No aprenda á jurar; mire la mentira como un sacrilegio; ignore el espíritu del siglo y viva como un ángel. Apartad de ella las danzas y los violines, porque muy poco se necesita para marchitar la belleza de una flor. Aplicaos á darla buen ejemplo, no vea jamás en vuestra conducta cosa que pueda escandalizarla.

Estos son los consejos que S. Jerónimo daba á esa señora. No puedo, hermanos míos, deciros cosa más instructiva sobre esta materia. Padres, edificad á vuestros hijos. ¡Ah! Dios no os los ha dado para perderlos, sino para salvarlos.

Reflexionad sobre la cuenta que debéis dar á Dios de vuestros hijos. ¡Oh qué terrible será esta cuenta! Entrad, pues, en vosotros mismos, y cumplid con vuestras obligaciones. Instruid á vuestros hijos, corregidlos, y, sobre todo, dadles tan buen ejemplo, que cuando comparezcáis delante de Dios podáis presentaros con confianza como otros tantos imitadores de vuestras virtudes, y recibir con ellos la recompensa que Dios ha prometido á sus fieles siervos. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PADRES.—Son parricidas de sus hijos cuando les dan mala educación.

Son doblemente padres cuando les guían al bien por sus avisos y buenos ejemplos.

PADRES.—No deben escuchar la antipatía que encuentran en sus hijos.

No deben violentar su vocación.

No deben exasperarlos cuando les corrigen.

Véase: EDUCACION DOMÉSTICA Y EDUCACION RELIGIOSA.

PALABRA DE DIOS.

(NECESIDAD DE OIRLA.)

I.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.

No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

(MATH. IV, 4.)

Debiendo anunciaros hoy la palabra de Dios como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio, que acabais de oír: ningún exhorto juzgo más á propósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud.* Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, grabéis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelso. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los más altos monarcas. ¡Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religión y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesi-

dad que tenéis todos de oír la palabra de Dios, y la desgracia de los que la desprecian? La materia, señores, no puede ser más importante, ni más análoga á vuestros verdaderos intereses. Para tratarla pues con método, os haré ver, en primer lugar, vuestra obligación de oír la divina palabra; y en segundo, la desgracia de los que le cierran la entrada en su corazón: dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra y á propósito para vuestra enseñanza.

Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se renueve su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compuncion esta gracia, por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. A. M.

1. Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligación de oír la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos sustancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Así, para que por falta de él no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad, proveer con abundancia y esplendidez á todo. A la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los rios, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos; todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sinó tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constancia, que desde el principio del mundo, así como nace el sol sobre los buenos y los malos, así tambien *provee de alimento á toda la carne*, segun la expresion del Salmo (PSALM. CXXXV, 23).

Por lo que hace al alma, hecha á imágen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruidos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiésemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera, que así como el hombre, en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaría gravemente siendo homicida de sí mismo, si rehusase tomarlo; no sería ménos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, segun los designios de Dios.

He aquí el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligación

que tenéis de oír la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican, señores, cada día, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, desterrar su negligencia, y su desidia, animar su fe y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificación.

Esta obligación, pues, no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y timoratas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por más elevados que se juzguen por nobleza, por grado ó por talentos. Oid, os dice Dios, escuchad, poderosos del siglo, presuntuosos sábios, magestades subalternas, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oid la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanar; oid su divina palabra; jamás, os dice, olvidéis los beneficios de vuestro Dios; amalle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: convertíos á mí con todo vuestro corazón, y abandonad las sendas de la iniquidad. No hay más que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprenden á todos sin excepción alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos, pues, hablo en esta hora; á sábios é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones; vosotros sois hijos de Dios por adopcion. ¡Ignorais por ventura que todo el que es hijo de Dios, oye su voz, como se explica Jesucristo por S. Juan (JOAN. VIII, 47)? Tened estas verdades, tenedlas siempre delante de vuestros ojos; enseñadlas á vuestros hijos; grabadlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

Y ¡á qué fin, me direis, tan exquisita diligencia?—Para remedio de vuestras necesidades espirituales: reconocedlas de buena fe. ¡Qué de tinieblas no oscurecen vuestro entendimiento! ¡qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazón! ¡qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¡qué de errores no tenéis que disipar! ¡qué de verdades que aprender! ¡Queréis proveer á todo? Oid la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella, en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divina, que arroja de sí la luz más viva, descubre los más secretos escollos y penetra hasta los asilos más os-

curos, en que los crímenes se ocultan y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desentueña el caos de la nada y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso sois, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz. La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Persia sensual, la India feroz, la Escitia bárbara, ¿no se reunieron bajo una misma fe al oír vuestra divina palabra, como se explica S. Gregorio? Sectas dedicadas, sistemas filosóficos, estóicos severos, cínicos arrogantes, epicúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Crucificado, por la virtud irresistible de su divina palabra?

Ella, en efecto, es viva y eficaz por sí misma, como dice S. Pablo á los hebreos, y más penetrante que una espada de dos filos; pero vosotros (Dios me manda os lo diga), vosotros la teméis, porque no queréis dejar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vosotros rehusais abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerrais de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternales, á sus más terribles amenazas; y adoptando más de una vez un lenguaje anticristiano, decís con los ímpios en el libro de la Sabiduría: «Venid, y gocemos de los bienes... llenémos de vino y de ungüentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado que no sea testigo de nuestra lujuria... dejemos por todas partes señales de nuestra alegría... Oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia.» Los que así te desprecian, ¡oh palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus días rodeados de bienes y regocijos; pero, en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblad, pues, cristianos relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Temed que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su

divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga más fruto que entre vosotros. *Los días se acercan*, dice el profeta Amós, *de enviar hambre á la tierra, no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios... De un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el águila hasta el oriente circularán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán*. Esta amenaza terrible, como se explica un sábio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos míos, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Jesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la lluvia ni el rocío descienden sobre los infelices montes de Gelboé, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del arreglo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? ¡Ah!... preguntadlo sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ¡oh mi Dios! y la adorable predileccion con que siempre habeis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. Mas, ¡ay de ti, nueva Corozaim! ¡ay de ti, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrían hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo señores, me estremezco), será mucho más dura y más funesta que la de esas ciudades réprobas; y tú, nueva Cafarnaüm, exaltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandais así decir á los ministros de vuestra palabra; añadiendo, que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.

Y ¿qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios, ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su Evangelio y por boca de sus profetas? A fin de que conozcáis sin excusa la obligacion que tenéis de oír y obedecer la voz de Dios para salvaros, porque ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los párvulos sirve de leche para su aumento; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias, descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu y fortalecer sus pasos por la senda de la salud; y á todos los viajeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve

de pan sustancial, que les da esfuerzo, como á Elias, para seguir sus marchas y huir de los peligrosos lazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

2. ¡Infelices, pues, y mil veces desdichados los que cierran sus oídos á la palabra de Dios! La infinita sabiduría, que dice de los que se apresuran á venir al templo con el santo fin de instruirse en las verdades eternas, *quía ex Deo est, verba Dei audid*, el que es de Dios, oye la palabra de Dios, dice, por el contrario, de los que la desprecian: *propterea vos non auditis, quía ex Deo non estis*; vosotros no la escucháis, porque no sois de Dios. ¡Desgracia lamentable! ¡no pertenecen al Señor; no están marcados con la señal de sus ovejas predilectas; no están destinados á la gloria que Dios tiene reservada para sus verdaderos hijos, para los miembros vivos de su cuerpo! Pero, aún dice más: *vos ex patre diavolo estis*; han elegido al demonio por su padre, por modelo de su conducta, por el único señor á quien ofrecen todos sus servicios; por la herencia que ha de haberles por toda una eternidad; al diablo enemigo irreconciliable de la verdad y único autor del fraude y de la mentira. ¡Infelices! ¿cómo han de sufrir que se les ponga delante lo que más aborrecen, porque poniendo de manifiesto la injusticia de sus procedimientos, no puede ménos de cubrirlos de oprobio é ignominia?

Sin embargo, como no es fácil se les oculte que el rebelarse abiertamente contra la verdad conocida, sería la mayor insensatez ó lo sumo de la malignidad, se valen del disimulo y la falacia para conseguir sus inicuos proyectos: aparentando un amor decidido por la verdad, al mismo tiempo que desean con ahínco desterrarla del mundo, infaman y calumnian á los encargados de predicarla; é imitando fielmente la conducta de los fariseos, les dicen como éstos á Jesucristo: *Samaritanus es tu, et demonium habes*.

Si, es preciso confesarlo, señores; la táctica infernal de los fariseos no acabó con esta secta; los fariseos modernos la continúan y no descansan hasta conseguir su objeto. Sin temor de equivocarme, puedo asegurar que en ningún tiempo se han vomitado dictérios más injuriosos, calumnias más atroces, detracciones más ofensivas contra los ministros del Evangelio que en nuestros desgraciados días. Toda la sabiduría del siglo parece consistir en el prurito de declamar contra los vicios reales ó supuestos contra los ungidos del Señor: aún los hipócritas, que tanta ostentacion hacen de la piedad, que están bien léjos de abrigar su corazón, se esmeran en ponderar la excesiva relajacion de los sacerdotes.

No es la relajacion tan exagerada de nuestras costumbres la causa del odio que se nos profesa. Lo diré con las palabras del mismo Dios: *si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*: si nuestras obras fueran tan criminales como se supone, y como son en realidad las de nuestros enemigos, no se nos daría en rostro con ellas; se alabaría nuestro celo, nuestro proceder; gozaríamos la estimacion de los mismos que tanto nos aborrecen, porque una conformidad y armonía tan completa en las obras produciría necesariamente una perfecta simpatía en los afectos. *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*: nó; no somos tan relajados como se quiere suponer; no son nuestros vicios, nuestro ministerio es lo que se hace insoportable á los hijos del siglo; no por nuestros desórdenes, por anunciar la verdad que condena sus desarregladas pasiones es por lo que nos aborrecen.

No necesitáis, cristianos, que presente yo á vuestra vista el espantoso cuadro de nuestra historia; ese cuadro que ha cubierto del más negro é ignominioso borron al catolicismo de este país; ese cuadro cuyo recuerdo tiene oprimido vuestro corazón y arranca vuestros ojos tan copiosas y amargas lágrimas. Vosotros amais la verdad: esta nacion en su totalidad la ama, y no puede ménos de amarla, porque conoce los felices resultados que este amor ha de producir; sin embargo, no llevareis á mal que inculque sin cesar sobre esto mismo. Huid del espantoso precipicio á que conduce el odio de esta verdad divina: no os dejéis seducir de los silvidos de las serpientes encantadoras, pues si á primera vista parecen dulces, abrigan en su interior un veneno mortífero; basead con ansia todas las ocasiones de instruirlos en ella; abrazada con toda la efusion de vuestro corazón; grabada en él del modo más permanente, y arreglad á ella vuestra conducta. ¡Ay de vosotros, si cometéis la imprudencia de cerrarle la entrada en vuestro corazón! ¡Ay de vosotros, si indignado el Señor hace emudecer á los órganos de que se sirve para anunciarla! ¡Ay, que podria decirnos justamente despues: *propterea vos non auditis, quía ex Deo non estis*! ¡Ay, ay de vosotros entónces! ¡Cómo ó por dónde habiais de llegar al término de vuestros deseos, si no hay otro camino que el de la verdad y la fe?

Yo, pues, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, que escuchéis con frecuencia la palabra de Dios, que es el alimento espiritual de nuestra alma: que la grabeis en vuestro corazón: que lo apreciéis y obedezcais como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento, para que viviendo conformes á su divina ley, seais eternamente dichosos.

PALABRA DE DIOS.

(DISPOSICIONES PARA OIRLA.)

II.

Accedite hoc, et audite verbum Domini.
Llegaos acá, y oíd la palabra del Señor.

(JOSUE. III, 9.)

Entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos, casi no hay otro más inútil que el de la predicación; y el más poderoso medio de que se ha valido siempre la religion para la conversion de los hombres, es hoy el más débil de todos sus recursos. Vosotros mismos sois una prueba de esta verdad. Nunca han sido tan frecuentes las instrucciones como en nuestros dias, y nunca han sido más raras las conversiones. Importa, pues, manifestar aquí la causa de un abuso tan comun y deplorable, y ésta consiste, sin duda, en la falta de las disposiciones que deben traer los que concurren á oír la palabra del Señor. Parece se persuaden de que no es menester más que salir de sus casas, concurrir á las iglesias, y oír lo que se les dice, sin detenerse á examinar si se han preparado para oír bien, si oyeron con atencion, mansedumbre y docilidad, y si practicaron con resolucion y eficacia las verdades eternas que escucharon. Me persuado que este abuso sea la causa principal del poco fruto que se saca de los sermones. Nunca mas predicadores, y jamás ménos verdaderos oyentes.

Para remediar este desórden, demasiado universal y frecuente, venid, acercaos, y oíd la palabra del Señor vuestro Dios, os diré como Josué á los israelitas: *Accedite hoc, et audite verbum Domini Dei vestri.* Acercaos, y escuchareis las disposiciones con que habeis de oír la divina palabra, para que sea provechosa á vuestras almas. Este es el asunto de esta doctrina; y para que ceda á mayor gloria de Dios y vuestra utilidad, pilamos la gracia: A. M.

1. De tres maneras son las disposiciones con que debeis oír la

palabra del Señor: unas antecedentes, otras concomitantes, y otras subsiguientes á los sermones; ó de otro modo: qué es lo que debeis hacer ántes de oír la palabra de Dios; qué debeis hacer cuando la esteis oyendo; y qué debeis hacer despues de haberla oído. Para que la palabra de Dios os sea provechosa, la primera disposicion que habeis de tener ántes de oirla, es procurar desembarazaros de las ocupaciones exteriores, para que podais acudir prontamente á la Iglesia del Señor. Luego que oigais la campana, imaginad que Dios os llama para comunicar su adorable voluntad; y juntado vuestra familia, decid; ¿no oís la señal del gran Rey de los cielos y la tierra? Vamos inmediatamente, y nos proporcionaremos un sitio cómodo y oportuno para oír con sosiego la palabra de Dios, porque si esperamos á ir de los últimos, ó no podremos oirla, ó si la oimos, será con mucha incomodidad y poca atencion, por la multitud de gente que nos oprimirá. Bella prontitud, que condena el criminal descuido y reprehensible flojedad de aquellas personas que se quedan en casa, entretenidas en las ocupaciones domésticas, cuando Dios los llama á oír su voz, ó emprenden alguna labor incompatible con la asistencia al templo santo. Vosotros, amados míos, acudid sin la menor tardanza, y al paso procurad traer en vuestra compañía á vuestros vecinos, diciéndoles lo que Nabuzardan á Jeremías: *Si placet tibi, ut venias mecum... veni: si autem displicet tibi veni e mecum... reside.* Si ustedes gustan venir con nosotros á la santa mision, vamos allá; si ustedes no pueden, ó no les acomoda, quédense con Dios. Con esta piadosa diligencia practicais una grande obra de caridad, proporcionando á vuestros prójimos aquel bien espiritual; y aún cuando ellos no concurren, vosotros siempre tendreis el justo premio que á aquella buena obra corresponde.

Es menester, en segundo lugar, venir á oír la palabra de Dios con la idea más alta de su necesidad, y la más extraordinaria estimacion de su preciosidad. Es menester que os persuadais que no venís á oír á unos hombres, sino á Dios que os hablará por ellos. Si, cristianos; el mismo Señor dijo: *el que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia.* No sois vosotros, dice también el Señor, *los que hablais, sino el Espíritu Santo es el que habla en vosotros.* ¡Qué palabras tan luminosas! ¡qué expresiones tan dignas del mayor aprecio! Si el rey os mandase llamar para encargarnos una comision de la mayor importancia, ¿con cuánta estimacion de aquel cargo iriais á su presencia? Y ¡qué comparacion podrán tener todos los asuntos temporales de los reyes de la tierra con la salvacion de vuestra alma, que es aquel *uno* necesario de que pretende

hablaros eficazmente en la santas misiones el Rey de los reyes, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero? Ved ahí otro motivo de la estimación que debéis tener de la palabra de Dios ántes de oírla, el ser necesaria para vuestra salvación, porque ella os enseñará á conocer y amar á Dios sobre todas las cosas, y cumplir las obligaciones que os prescribe: os enseñará á amar y ser útiles á vuestros prójimos, procurándoles todo bien, y apartando de ellos todo mal, según el poder de vuestro estado y condición; y ella, finalmente, os enseñará á conocer á vosotros mismos con todas las relaciones que tenéis para con Dios, con el prójimo, con vuestra alma, vuestro cuerpo, vuestro estado, vuestro oficio y vuestra hacienda. Sin el exacto desempeño de todas estas obligaciones no hay ciertamente salvación para vosotros. ¡Con cuánta estimación pues debéis concurrir á la palabra de Dios, que graciosamente se os anuncia, como decía san Pablo; *Gratis Evangelium Dei evangelizabi vobis*, y que universalmente os enseña todas vuestras obligaciones!

Lo tercero y último que debéis hacer ántes de oír la palabra de Dios, es dedicaros á la oración, pidiendo á Dios ilumine al predicador para que debidamente la proponga, illustre vuestro entendimiento, y mueva vuestra voluntad, para que útilmente la entendáis, y eficazmente la practiquéis. Procurad aborrecer el detestable abuso de aquellas personas, que inconsideradamente malgastan el tiempo que están en la Iglesia esperando al predicador, en conversaciones inútiles, en palabras ociosas, en miradas y señas nada conformes á la santidad de aquel sagrado lugar. No así vosotros, no así: persuadios que además del predicador que en el púlpito habla á los oídos del cuerpo, hay otro infinitamente mayor, que habla invisiblemente á los del alma; que con una mano mueve la lengua del predicador, y con la otra el corazón del oyente; y si vosotros cooperáis á los auxilios de su gracia con los gemidos de vuestra oración, vereis fructificar su divina palabra en vuestras almas, porque os preparasteis para oír con prontitud, con aprecio y con la oración. Aquí tenéis en breve las disposiciones antecedentes, ó lo que habéis de hacer ántes de oír la palabra de Dios. Pasemos á explicar las disposiciones concomitantes, ó lo que habéis de hacer mientras la esteis escuchando.

2. La primera disposición es oír con atención. *La palabra de Dios*, decía san Próspero, *se predica para que se crea, creyendo se entienda, entendiendo se obre, y obrando con perseverancia en el bien hasta la muerte, se consiga después la eterna vida*. Por esta causa es justamente alabada santa María Magdalena, que, sentada á los pies de Jesucristo, oía sus divinas palabras con la mayor

atención de sus sentidos y potencias. Por esto se nos dice en el Evangelio, que el que es de Dios, oye la palabra de Dios; y los que no la oyen, no son de Dios. El mismo santo Evangelio llama bienaventurados á los que oyen la palabra de Dios. *Es imposible agradar á Dios sin la fé*, dice san Pablo: *la fé entra por el oído*, añade el mismo apóstol; luego, es menester predicar para que se oiga, es menester oír, si se predica. Estas verdades eternas demuestran hasta la evidencia la necesidad de esta primera disposición. Debemos, por tanto, pensar muy melancólicamente de todas aquellas personas que oyen con frialdad, con indiferencia, por vana curiosidad la palabra de Dios ó el modo con que se anuncia; y mucho peor sería, si se oyese con ánimo de censurarla con malignidad. Esto sin duda demostraría, que no tienen deseo ni voluntad de practicar las virtudes que el predicador alaba, ni aborrecer los vicios que vitupera; que no tienen ánimo de ir al cielo, de cuyos bienes les habla, ni temen caer en el infierno, de cuyas penas les predica. En suma, esto sería mirar con un mismo semblante los desórdenes de sus costumbres y el arreglo de su vida: pues con igual indiferencia escuchan al predicador cuando enseña los caminos del cielo, que cuando truena contra los que van por las sendas ásperas y difíciles que conducen al infierno. Entenderéis mejor esta espantosa verdad con este símil bastante significativo de mi pensamiento: aparece entre un concurso de gentes un hombre que acaba de llegar de París, de Lóndres, de Nápoles, ó de Roma, y empieza á hablar de las ciudades que vió en aquellos reinos, de la comotidad ó desabrimiento de las pasadas en que hizo mansion, de las costumbres y ocupaciones de aquellas naciones, de los peligros que experimentó en los caminos del mar y de la tierra; de las monedas que por allá corren, de los vestidos que usan, de la decadencia ó perfección de sus manufacturas, su agricultura y su comercio. Los que están ya determinados y desean ir á Roma, Nápoles, París y Lóndres, le escuchan con la más imperturbable atención, sienten que le interrumpen, y están como pendientes de su boca; pero, los que no están en ánimo de ver aquellas ciudades, ni viajar por aquellos países, ó no atienden á lo que dice, ó le oyen con la mayor indiferencia; son personas que les incumbe poco ó nada cuanto refiere aquel viajero. Lo mismo acontece en nuestro caso. Preséntase un predicador, y habla de las grandezas de la corte celestial, de la hermosura de las virtudes, que como caminos rectos nos llevan derechamente á ella; habla de la fealdad de los vicios, que como derroteros torcidos nos apartan y alejan de su consecución; habla del premio que espera á los justos, y del castigo que aguarda á los malvados.

Los que piensan ir al cielo, para conseguir el dichoso fin para que Dios los erió, oyen con atención, escuchan con el mayor aprecio cuanto se les dice; notan los caminos, advierten los peligros, y nada omiten de cuanto puede serles útil para su felicidad; pero, los que están bien hallados con sus desórdenes, los que han hecho amistades con los vicios, los que no esperan salvarse, ó no quieren tratar seriamente de su salvación, huyen de los sermones, ó si concurren á oírlos, es como si no los oyeran. Estos son de quienes dice Dios por su profeta Ezequiel (EZEQUIEL. XII, 2): *Oculos habent ad videndum, et non vident; et aures ad audiendum, et non audiunt*. Compadeceos de la triste situación de aquellas personas que tienen ojos para ver, y no ven; tienen oídos para oír, y no oyen. Oid, pues, vosotros con atención la palabra del Señor, os diré con la divina Escritura, y esta será la primera disposición, para que oyéndola, consigais abundantes gracias en vuestras almas: *Audi tacens, et pro reverentia erit tibi bona gratia* (ECCLES. XXXII, 9).

La segunda disposición para que fructifique en vosotros la divina palabra, es oírla con mansedumbre. Así lo encarga el Espíritu santo por estas terminantes palabras (ECCLES. V, 15): *Esto mansuetus ad audiendum verbum, ut intelligas*. Para que entiendas lo que se predica, dice el Señor, oye con mansedumbre. Y el apóstol Santiago, en su epístola canónica, nos repite lo mismo, diciendo (JACOB. I, 21): *In mansuetudine suscipite insitum verbum, quo potest salvare animas vestras*. Recibid con mansedumbre la palabra de Dios, tan poderosa, que puede salvar vuestras almas. Oír pues con mansedumbre la palabra de Dios, es oírla con un corazón pacífico, con un ánimo tranquilo, con un afecto piadoso, con un deseo efectivo de que aproveche, con una modestia edificante en el cuerpo y en el vestido, y con una simplicidad y candor en el alma, que suave y fuertemente la inclina á aprovecharse de las verdades que escucha, sin detenerse á examinar si el modo de preferirla está acompañado de todas las gracias de la elocuencia. Oír con mansedumbre la palabra de Dios, es desterrar del espíritu todo deseo impertinente de criticar lo que se oye; todo pensamiento importuno de censurar la conducta del predicador, sea en cuanto á sus costumbres, sea por lo perteneciente á sus talentos, ó sea en su manera de decir, su voz ó sus acciones. El que oye con mansedumbre la palabra de Dios, marcha derechamente en su intención á buscar su utilidad, no aplica á otros fines las verdades que escucha, no repara en si es desgraciado ó perfecto el predicador; y todo ocupado en su bien espiritual, se aprovecha de la santa doctrina, y desea que se aprovechen los demás. El

que oye con mansedumbre la palabra de Dios, sabe que estas verdades: *muchos son los llamados, y pocos los escogidos: el reino de los cielos parece violencia, y solamente los que vencen sus pasiones, le arrebatan: estrecho es el camino que guía á la vida eterna, y son pocos los que andan por él: ancho es el camino que conduce á la perdición, y por él caminan muchos: el que no hace penitencia, perecerá eternamente*; sabe, vuelvo á decir, que estas y otras muchas verdades eternas que nos enseña el Evangelio, son igualmente ciertas é indubitables, sea que las prediquen S. Pedro y S. Pablo, ó que las diga el más desgraciado predicador; porque su certidumbre no depende de la sabiduría ó insuficiencia del que las anuncia, sino de la verdad eterna que se dignó revelarlas á los hombres.

Esta admirable conducta condena altamente la pésima condición de aquellas personas que dejan de aprovecharse del Evangelio que escuchan, por llevarles toda la atención el modo con que se les anuncia y predica. ¿Qué diriais de un enfermo, que estando gravemente necesitado de que un diestro facultativo le abriese un tumor maligno, extrajese las materias nocivas que contenía, y le restituyese la salud, se estuviese entretenido en mirar la hermosura del estuche, la variedad de lancetas, la diferencia de instrumentos que tenía el cirujano, y no tratase jamás de la operación? ¿Qué os parecería un hombre que, sentándose con hambre á una mesa abundante, se ocupase en trincar diestramente las viandas, y repartirlas á los circunstantes, sin contar consigo mismo, ni reservarse otra cosa que unos huesos que roer? ¿No colocaríais á uno y otro en la casa de aquellos hombres desgraciados que han perdido el juicio? Ved ahí lo que hacen los que oyen la palabra de Dios sin mansedumbre; aquellos que reparten á los otros los útiles y experimentados remedios de los vicios, que deberían aplicarse á sí mismos; aquellos que se quedan con las apostemas corrompidas de sus desordenadas costumbres, por llevarles toda la atención la elocuencia ó desaliño del predicador. No, amado pueblo mío: no imites la conducta de los que así pervierten las palabras de tu Dios, de aquel Dios vivo, de aquel Dios y Señor de los ejércitos, como se lo decía el profeta Jeremías á sus oyentes (JEREM. XXII, 36): *Pervertistis verba Dei viventis, Domini exercituum dei nostri*. Oid vosotros con atención y con mansedumbre la palabra de Dios, y tendreis las disposiciones concomitantes, cumpliendo con lo que debéis hacer, mientras oís la divina palabra. Pasemos á explicaros lo que debéis practicar después de haberla oído.

5. Firmemente persuadidos los cristianos de que la palabra de

Dios es como una luz clarísima que nos ilustra y acompaña. para que practiquemos las virtudes; como un fuego divino que consume la escoria de los vicios; como un pesado martillo que á golpes desmenuza y ablanda los corazones empedernidos; y como un alimento precioso con que viven y se sustentan nuestras almas; un cristiano que sabe que por la palabra de Dios se destruyó el gentilismo, se dispersó la sinagoga, se fundó la cristiandad, publicándose la Fe divina hasta en los extremos de la tierra; no puede ménos de apreciarla con la mayor estimacion, y procurar retenerla en su memoria, y grabarla en lo más profundo de su espíritu; y esto es lo primero que debeis hacer despues de haberla oído, para arrancar de vuestras almas los vicios que ella condena, y plantar las virtudes que ella alaba. Así lo mandaba el Señor en la ley antigua, cuando decia (DEUTER. XI, 18): *Ponite hæc verba mea in cordibus et in animis vestris, et suspendite ea pro signo in montibus, et inter oculos vestros collocate.* Grabad estas palabras mías, dice, en vuestros corazones y en vuestras almas, y traedlas atadas para memoria en vuestras manos, y pendientes entre vuestros ojos. Palabras que maravillosamente nos demuestran el sumo cuidado que hemos de poner para tener presentes las verdades eternas que oímos al predicador. Este mismo encargo nos vuelve á hacer su Majestad en la ley nueva en varias partes de su sagrado Evangelio. Los que no ponen cuidado, dice, para retener en la memoria la palabra del Señor, viene luego el diablo y se la arranca de la boca para que no se salven creyéndola (MATTH. XII, 19). Los que olvidados de lo que oyeron, se entregan con demasiada sollicitud al cuidado de las cosas temporales; los que buscan con ansia las falaces riquezas, y se ocupan con todos sus sentidos y potencias en los asuntos terrenos que frecuentemente ocurren en la vida, sofocan la semilla de la palabra de Dios, ahogan su virtud, é impiden el fruto que produciria en sus almas, si no opusieran tantos impedimentos (MATTH. XII, 22). Todo esto que dice su Majestad, demuestra bien claramente la juiciosa conducta de aquellos virtuosos cristianos, que en acabando de oír el sermón, recogen sus sentidos y potencias, y piensan seriamente sobre lo que han oído para aplicarlo á sí mismos, pasando despues en silencio y con modestia á sus casas, sin detenerse en la calle á conversaciones no necesarias. Esta saludable práctica condena la mala costumbre de aquellas gentes descuidadas de su salvacion, que no bien acaban de oír la divina palabra, cuando formando corrillos en la iglesia, se ponen á hablar con la misma desenvoltura que si estuvieran en la plaza. ¿Qué juicio deberemos formar de unas personas como estas? ¿qué deberemos decir de aquellas otras,

que al salir de la iglesia se detienen en el pórtico, y conceden toda licencia á sus sentidos, para que se entretengan y complazcan en la variedad de objetos peligrosos que se les presenta? Y ¿con qué lágrimas de sangre la más pura del corazón, podremos llorar dignamente el lamentable desórden de aquellas personas, que solo se acuerdan de alguna cosa del sermón para censurarla, ó vienen únicamente á la iglesia para proporcionar la vista y conversacion de su cómplice infeliz, y concertar la concurrencia á algún determinado lugar? ¡Ay! ¿cómo diremos se acuerdan estos infelices de las reprobaciones de los vicios que escucharon, de las alabanzas de las virtudes que oyeron, de los premios y castigos eternos que se les propusieron? ¿Qué juicio tan severo espera á estos profanadores de la palabra del Señor!

No está todo hecho con retener en la memoria la divina palabra: falta lo más principal, que consiste en reducirla á la práctica, en ponerla en ejecución. Jesucristo nos dice en su Evangelio, que para ser bienaventurados, es menester oír y practicar la palabra de Dios (LUC. X, 18). Y ciertamente, ¿de qué le serviría á un enfermo oír que una medicina era sumamente útil para recobrar su salud, si no se resolvía á tomarla? Todos estamos enfermos con la fiebre de nuestros vicios, nuestras pasiones y apetitos: si no tomamos las medicinas que nos suministra la palabra de Dios, ¿de qué utilidad nos podria servir el escuchar que con ella se curan todas las dolencias de los corazones? Si viéndonos dominados de la pereza, no echamos mano del trabajo que aquella nos inspira; si no huimos los peligros de la incontinencia con la limpia castidad que ella nos manda; si no apagamos la insaciable sed de la avaricia con la beneficencia de la caridad que ella nos dicta; y en una palabra, si no nos vestimos del nuevo Adán para ser conformes á Jesucristo en la humildad, en la paciencia y en toda virtud, como él desea y lo prescribe; ¿qué utilidad nos podrá resultar de que sepamos es menester despojarnos del Adán antiguo con todas sus miserias y pecados? ¡Ah, cristianos míos muy amados! no querais engañaros á vosotros mismos, diré con el apóstol Santiago (JACOB I, 22): *reducid, reducid á la práctica la palabra de Dios, no penséis está todo hecho con oír: Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos.* ¡No habeis visto alguna persona mirarse con agrado en un espejo, y que apenas se aparta de él se olvida de la fisonomía del rostro que miraba? Pues así sucede, dice el mismo santo, al que se ve en el espejo de la palabra de Dios con toda la fealdad de sus viciosos desórdenes, pero se olvida luego de ellos, ó los aumenta con nuevos delitos, si no practica lo que la divina palabra le enseña. Acabareis de comprender

esta preciosa verdad reflexionando sobre lo que pasa en una tertulia nocturna, á que concurren diferentes personas de diversas edades, genios y costumbres. Unos se acercan al brasero, otros juegan arriados á la mesa, estos se pasean, aquellos bailan, y todos procuran pasar el tiempo con la menor incomodidad. Pasa en esto una excelente música por la calle, saltan los del brasero á la ventana, sueltan las cartas los jugadores y corren al balcón, interrumpen sus ocupaciones los demás, y todos escuchan con la mayor atención. ¡Qué bravo golpe de música! dice uno: ¡bella composición! repite otro, pero, al cabo, la música marcha, y todos vuelven á sus entretenimientos como si nada hubiera sucedido. ¡No podremos ahora persuadirnos á que en este símil estais viendo con vuestros mismos ojos lo que pasa en muchas gentes que oyen los sermones, y no abandonan sus vicios? Entra la santa mision en su pueblo, acuden prontamente á la iglesia, oyen atentamente la palabra de Dios, la alaban, la celebran; y, sin embargo, por no ejecutar lo que ella manda, el jugador vuelve á sus juegos, el perezoso á su ociosidad, el bebedor vuelve á la taberna, la mujer habladora sigue en sus murmuraciones, el impuro continúa en la deshonestidad, y todo pecador sigue en sus vicios. Pues, hermanos míos, entended lo que os dice S. Pablo (EPIST. AD ROM. II, 15): *Non auditores legis justi sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur*. No seréis justos delante de Dios por solo oír su divina palabra. ¿Quereis serlo? Cumplida.

Por último, no solo debéis acordaros de la palabra de Dios despues de haberla oído cuidadosamente; no solo debéis cumplirla y practicarla eficazmente, sino q̄ tambien debéis procurar comunicarla á otros caritativa y fielmente. Así lo manda el Señor, cuando dice (DEUTER. VI, 6 ET 7): *Erunt verba hæc, quæ ego præcipio tibi hodie in corde tuo, et narrabis ea filiis tuis*. Conserva mis palabras en tu corazón, y cuéntalas á tus hijos. Así deben procurar practicarlo los amos con sus criados, los maestros con sus discípulos, los padres con su familia, y los vecinos unos con otros. Pero advertid, no equivoqueis las cosas, ni añadais ó quiteis cosa de importancia, porque pudierais cometer un grave error. Dios lo manda, cuando dice (DEUTER. IV, 2): *Non addetis ad verbum quod vobis loquor, nec auferetis ex eo*.

En suma, señores; para que la palabra de Dios pueda salvar vuestras almas, proporcionando la justificación al pecador, y la perfeccion al justo, debéis asistir prontamente á oirla; y haciendo de ella la mayor estimacion y aprecio, pedir á Dios conceda al predicador gracia de proponerla con fruto, y á vosotros de oirla con utilidad:

debeis luego oirla con atencion para entenderla, y con mansedumbre y buena fe para despues practicarla; y por último, debéis despues de haberla oído, acordaros de ella con cuidado, practicarla con eficacia, y comunicarla á todos con caridad. Estas son las disposiciones que anteceden, acompañan y siguen á los que oyen con fruto la palabra de Dios, *cui honor et gloria*.

PALABRA DE DIOS.

(APROVECHAMIENTO DE LA)

III.

Videte ne recusetis loquentem.

Poned todo vuestro conato en utilizar la santa palabra.

(HEBR., XII, 25.)

Persuadidos estamos, hermanos míos en el Señor, que nos hallamos aquí tu solo en un mismo lugar sino tambien en un mismo espíritu, deseando recibir todo el bien que deseamos hacerlos. Inútiles son, prévia vuestra preparacion, precauciones oratorias para profundizar vuestro pensamiento y conciliarle con el mio. Un preliminar nos será hoy á lo sumo necesario, para garantizar nuestros votos comunes, y ved aquí las palabras del Apóstol, que os dirigimos: *Videte ne recusetis loquentem*: «Poned todo vuestro conato en utilizar la palabra santa.»

Sin duda conservais en vuestra memoria aquella comparacion evangélica: la palabra de Dios es una semilla. Necesarias son dos cosas para la semilla: una tierra fértil y un cielo propicio; dos cosas son tambien necesarias para la palabra santa: la reminiscencia del alma y la influencia de la gracia. Vengo pues á pedirlos en este momento la reflexion y la oracion. Vamos á indicar cuales son las causas de la esterilidad de la palabra, y cual es el principio de su fecun-

dad, á fin de preservarlos de las causas de la esterilidad y ponerlos en contacto con los principios de la fecundidad.

Esta es toda la materia de esta instruccion. A. M.

1. ¿Cuál puede ser la esterilidad de la palabra? Seguramente, hermanos míos, está esterilidad no puede nacer de la misma santa palabra; porque si la considerais en su Autor, su primer Autor es la palabra de Dios; y si la considerais en su virtud propia, es la palabra de vida. Pero Dios en su santa palabra no tiene otra intencion ni otra voluntad más que en la santa Escritura, y la voluntad constante de Dios es nuestra santificacion, nuestra salud eterna: no puede, pues, ser esto el origen de la esterilidad. Si considerais su virtud propia, la santa palabra es una palabra de vida; y el Evangelio, recordándonos que procede de la boca y del corazon de Dios, nos asegura tambien, que esta palabra hace fructificar el corazon del hombre: *Homo vivit in omni verbo, quod procedit de ore Dei* (MATH. IV. 4).

Solo de nosotros mismos puede nacer la esterilidad; porque necesario es saber, hermanos míos, que sin la gracia, poco, ó mejor dicho, ningun poder tenemos para el bien; tenemos por nosotros mismos muelo y casi todo poder para el mal. Podemos por nuestras propias fuerzas, por el abuso de nuestra voluntad, podemos, repito, resistir á la voluntad de Dios; podemos contrariar los designios divinos; podemos esterilizar en efecto la palabra de Dios; y podemos tambien hasta anular los sacramentos de Jesucristo. Cierto es que Dios, de quien huimos por un tiempo, sabrá bien reunir un día esas voluntades fugitivas y rebeldes, sujetarlas á su voluntad soberana, y que para castigarlas de haber hecho el mal que querian, las hará sufrir el mal que no querrian. De nosotros y solamente de nosotros puede nacer la esterilidad de la palabra. Aquí, hermanos míos, debo ponerme en juicio con vosotros; cierto es que el predicador tiene deberes como el oyente. Es positivo que el predicador podria faltar á sus deberes como los oyentas. Nosotros, en verdad, estamos aun mucho más cargados que vosotros, porque nuestros deberes son más numerosos, son más difíciles, y nuestra responsabilidad será mayor, y más severa será la sentencia que contra nosotros se pronunciará.

Por otra parte, no es aquí el lugar para hacerlos una enumeracion de estos deberes; á nosotros toca conocerlos, á nosotros toca, ántes de hablar, temblar, olvidarnos á nosotros mismos al hablar, y humillarnos despues de haber hablado; á nosotros toca juzgarnos á fin de no ser juzgados, y como dice el Apóstol, á nosotros toca tener buen cuidado, despues de haber predicado á los otros, no ser reprobados

nosotros mismos. Pero vuelvo á vosotros, hermanos míos, y me adhiero á la causa que me parece la principal, al menos para vosotros mismos. Por lo que os concierne, la abstencion desdeñosa seria un obstáculo absoluto á la eficacia de la divina palabra; pero deo aparte esta causa, porque no sois culpables estando aquí presentes. Seria tambien un obstáculo á la palabra divina la vana curiosidad que la haria recibir, no ya como la palabra de Dios, sino como la palabra del mundo. Dejo todavia aparte este obstáculo; creó que aquí no hay que temer la curiosidad; por mi parte jamás ensayaré á excitarla.

Un obstáculo á la eficacia de la palabra seria tambien la resistencia de la voluntad ó la oposicion del entendimiento. Pero creo que no son estas las causas principales para vosotros, hermanos míos, porque, en el hecho, vosotros creéis como yo; y cuando hablemos, estoy seguro direis, juzgareis, tenemos razon, y que pensareis como nosotros; estoy tambien seguro tendreis el buen deseo en vuestros corazones, y formareis resoluciones en ellos. ¿Que os diré? Vosotros escuchais la palabra, vosotros creéis, vosotros hasta quereis... ¿pero cuál puede ser entónces la causa de la esterilidad de la santa palabra? ¡Ah! voy á indicárosla. Esta causa, la más comun, es, á mi juicio, la inconsideracion, es la irreflexion. La palabra pasa como un viento que apenas hace rizar la luz del agua, como un nublado que deja caer una lluvia, pero pasajera y fugitiva, que apenas llega á humedecer le superficie de la tierra. Si; nosotros mismos tenemos nuestra alma poco más ó ménos como aquel camino de que hablan los santos Evangelios, y que es hollado sin interrupcion por los pies de los pasajeros, de las aves del cielo roban la semilla que llega á caer en él; ó tambien, como decia Santiago, nosotros nos parecemos á un hombre que se mira un instante en un espejo, y retirándose inmediatamente, olvida lo que ha considerado: *Et abiit, et oblitus est qualis fuerit* (JACO. I. 24). ¡No es esto lo que nos sucede de ordinario! Nosotros oímos, escuchamos la santa palabra; pero, apenas ha dejado de resonar en nuestros oidos, cuando separamos de ella nuestro espíritu: dejamos el sermón en la iglesia de lo hemos oido; atravesamos el torbellino de la calle; y apenas hemos entrado en nuestras casas, nos engolfamos en nuestras ocupaciones ordinarias.

Hace bien largo tiempo, hermanos míos, que un profeta habia ya señalado la inconsideracion como el defecto dominante y el pecado capital del mundo: *Desolatione desolata est terra, quia nullus est qui recogitet corde* (JEREM., XII. 11). «La tierra está desolada, exclamaba, porque no hay nadie que considere ni reflexione, no hay nadie que piense.» Hay muchos hombres que hablan, muchos que oran,

muchos que calculan, muchos que sueñan; pero hay muy pocos hombres que piensen: *nullus est qui recogitet corde*; y por esta causa, *desolatione desolata est terra*; la tierra ha sido desolada. Pero, la fascinación de la bagatela ¿no nace de esta inconsideración, de esta frivolidad, de esta falta de pensamiento? ¿no nace de todo esto? Cuando no pensamos seriamente, cuando no reflexionamos, no vemos las cosas como son en sí mismas; no atendemos sino á las cosas visibles, y nos hallamos fascinados por las apariencias; y mientras el grande apóstol nos dice, que no nos fijemos en lo visible, sino que contemplemos lo invisible, nosotros solo atendemos á las apariencias, y somos, por lo mismo, presa de la fascinación de la bagatela. De ahí la inconstancia de las impresiones. No se sabe ya qué pensar, no se sabe juzgar; solo se sabría sentir: se deja uno también ir á merced de todas las impresiones; y desde este momento se vive en una perpétua inconstancia. De aquí nace aún la inconstancia extraña de nuestra vida.

¿En qué consiste, hermanos míos, y cuál es la causa que con un alma cristiana, si, cristiana en el fondo (vosotros todos, hermanos míos, tenéis esa alma cristiana); de dónde proviene, digo, que cuando nos consideramos á nosotros mismos con sangre fría, cuando examinamos nuestros actos, encontramos que no vivimos más que una vida prácticamente pagana? ¡Ah! el sentido humano nos domina, es él quien nos hace pensar, él es quien nos hace hablar, es él quien nos hace obrar. ¡Ah! hermanos míos, necesario es oponernos á ese mal señalado por un profeta el remedio indicado por el mismo profeta. *Vacate et videte* (PSALM. XLV, 11). ¡Oh! un poco de recogimiento, un poco de consideración, *vacate*. Pero ¿por qué, pues, por qué hacéis que vuestra alma divague en tales términos? Y no tenéis más que una: si tuviérais muchas, yo os lo perdonaría. No tenéis más que una: ¿y que hacéis de ella? La disemináis, arrojáis así el tesoro de vuestras almas como polvo á todo viento. ¡Ah! cómo prodigáis vuestro tiempo y vuestra vida! Pero ¿qué os queda? pero ¿qué tenéis pues entre manos? pero ¿en qué pensáis? pero ¿adónde va á parar ese camino? *Vacate*, haced una pausa; por Dios, haced pues una retirada en nombre del cielo, recogeos dentro de vosotros mismos. ¿Por qué tenéis tanto encontrós? ¿Es que vuestro corazón es un domicilio indigno de vosotros mismos? *Reddite prevaricadores ad cor* (ISA., XLVI, 8). Vamos, ¡olved pues á vuestro corazón! Ninguna otra cosa pedirá para conducirnos á vuestro Dios; en vuestro corazón hallareis vuestro Dios. No creáis que esto sea una cosa imposible: no caigais en el error con deplorables sofismas; no creáis que os pida

cosas superiores á vuestras fuerzas, que os pida cosas superiores á vuestro deber, que os diga abandonéis vuestra vocación, salgais de vuestra casa, os retiréis á un desierto como un ermitaño. No se trata de eso. Os pido solamente os retiréis, por poco que sea, del torbellino que os arrastra, entrais en vosotros mismos; os pido os halléis á fin de hallar vuestro Dios. No lo dudeis, hermanos míos; la penitencia parece solo triste á los que no la practican, mientras que los que la abrazan hallan en ella la verdadera alegría de su alma. Así; el recogimiento no parece difícil, no parece pesado sino á los hombres disipados. Estos se imaginan disgustarse en el recogimiento, y que no hallarán en él más que desierto, soledad: se engañan. Por el contrario: en la disipación, en el torbellino es do encuentran por necesidad la agitación y la inquietud; y para conseguir la paz, no tendrían más que hacer que volver á entrar en su corazón. ¿No es esto mismo lo que decía el profeta: «El Señor dará paz á los que quieren volver á entrar de grado en su alma?»

2. ¡Pues, bien! en el recogimiento, y desembarazándoos un poco de la disipación exterior, vosotros podéis vacar á la consideración: *vacate et videte*. ¡Cuántas cosas hay que ver, cuántas que considerar, y que son dignas de nuestra contemplación, y en cuya contemplación hallaríamos la verdad y la salud! Pues ¡qué! candidatos de la eternidad, ¿no podéis vosotros considerar el cielo? ¡Por qué, pues, el Criador ha extendido sobre vuestra cabeza el cielo que os pertenece? ¡Qué! vosotros queréis siempre, cueste lo que cueste, encorvaros hácia la tierra, y no ver más que la tierra! Levantad un poco la cabeza. Pues ¡qué! si empleáseis todos los días, algunos instantes, en mirar al cielo, ¿vuestra alma no se elevaría? ¡No se animaría vuestra alma? ¡No necesitáis también inclinaros y mirar el infierno, el infierno que habeis merecido, el infierno que os amenaza siempre, el infierno que debéis evitar? Y vosotros, hijos del Calvario, ¿no tenéis necesidad también de mirar la Cruz de Jesucristo, contemplar en ella vuestro Dios, para conocerle y conoceros á vosotros mismos, para conocer el pecado, para conocer el precio de vuestra alma? *Videte*: ¡ved pues la cruz! Pero veos á vosotros mismos; ved vuestro tiempo pasado, vuestro tiempo presente, vuestro tiempo futuro. ¿Vuestro tiempo pasado! ¿Qué habeis hecho hasta el día de hoy? ¿Qué habeis hecho por Dios? ¿Qué habeis hecho por vosotros mismos? ¿Vuestro tiempo presente! ¿Dó os halláis relativamente á lo único necesario, al negocio de vuestra salud eterna? ¿Pensáis por ventura en esta hora misma en lo que él pide de vosotros mismos? ¿Vuestro tiempo futuro! ¿No tenéis también que verle de antemano, no apercibís la

muerte, y más allá el juicio? *Videte.* ¡Ah! considerad pues, hermanos míos; os pido en nombre de vuestras almas (y vais á ver cuán moderado soy, vais á ver cuán poco os pido; pero eso poco me hará conseguir mucho; pero eso poco os valdrá todo á vosotros mismos); os pido solamente (no hay ninguno entre vosotros que no pueda corresponder á una petición tan moderada y tan legítima); os pido algunos instantes, algunos minutos de reflexion. Dad á este ejercicio el título que queráis: llamadle meditacion, llamadle reflexion, consideracion; poco importa el nombre, yo no quiero más que la cosa: *vacate et videte*; reflexionad un poco y entrad en vosotros mismos. ¡Ah! dadnos un hombre que quiera pensar, un hombre que consienta en reflexionar; esto satisfará mis deseos: este hombre necesariamente será un cristiano, este hombre vendrá á ser un santo.

Sin embargo, hermanos míos, esto no basta; hay que unir alguna cosa á la consideracion; hay que añadir la oracion. Considerando, pensando, evitamos bien una causa de esterilidad; pero no es este precisamente el principio de la fecundidad para la santa palabra. El gran Apóstol decía con razon: *Negue qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat* (I Cor. III, 7). No es el que planta, quien siembra; no es el predicador; no es tampoco el que riega, quien cultiva; no es el oyente quien da la fecundidad á la palabra. ¿Quien es, pues? Es Dios; Dios es quien con su gracia hace pulular, hace desarrollar; Dios es quien hace madurar y fructificar la palabra en nuestras almas: *Sed qui incrementum dat*. De la gracia de Dios, pues, de la influencia celestial por consecuencia debe esperarse la vida y la fecundidad. Desde entónces debemos ponernos en comunicacion con la gracia; desde entónces hermanos míos, ¡oh! ¡qué esta palabra descienda á vuestras almas! desde entónces debemos recurrir á la oracion, porque la oracion abre el canal de la gracia. Yo os la pido tambien por consiguiente; yo os pido la oracion individual, esa petición del corazón, según la expresion consagrada en los santos Padres y en la santa Escritura; esta petición del corazón inspirada por el deseo y acompañada de la confianza. Ella es indispensable, y sin la oracion nada haremos; no haremos absolutamente nada. Sin ella, yo no haré nada por mi parte; nada hareis tampoco vosotros por la vuestra. Por más que yo hable, por más que vosotros penseis, si nosotros no oramos, nada haremos, hermanos míos, absolutamente nada; es imposible. Podríamos bien conocer; pero no sabríamos comprender. Podríamos tambien quizá comprender, pero no sabríamos gustar, no sabríamos querer. Como no sabríamos querer, no sabríamos poder sin la oracion. La oracion es un poder.

¿Cuántos hombres hay en el mundo que están convencidos y que no están convertidos? Hay un paso que dar, y no se da ese paso sino por la oracion que atrae la gracia, y sola la gracia puede golpear al corazón. Hay pues que orar por sí, orar por su alma, pedir la inteligencia que hace comprender; pedir tambien el buen movimiento del corazón, que hace querer; y pedir, por último, la fuerza que comunica el poder. Si hubiese algunos que estuviesen en el estado de pecado, que en medio del desaliento de la postracion, que tan triste estado arrastra consigo, se imaginasen que no deben ó no pueden orar, yo les diria pueden orar más que otros, mejor que otros, precisamente porque son más miserables, más desgraciados. Ellos son los que ocupan la primera linea en la lista de las misericordias del Señor; no tienen más que hacer preceder el deseo por el suspirar. El suspiro, el gemido de un alma en estado de pecado predispone el Señor á escuchar inmediatamente el deseo.

¿No os acordais, hermanos míos? es un rasgo del santo Evangelio do se reconoce, como por todas partes, el corazón de Jesús; no os acordais de aquel desdichado?... era un ciego, que se hallaba en un camino al pasar por allí Jesús. Oyó el ruido del gentío, y al decirle que quien pasaba era Jesús, se puso á gritar: «¡Jesús, tened pues piedad de mí!» Le querian hacer callar, imponerle silencio, por que él importunaba con sus gritos, y él gritaba en más alta voz, él gritaba siempre: «¡Ah! Jesús, tened piedad de mí!» Jesús se conmovió. El lo está siempre que se lo pide gracia; él está siempre conmovido, y jamás, hace diez y ocho siglos, jamás un alma ha dicho á Jesucristo: «¡Señor, tened piedad de mí!» sin que Jesús haya tenido piedad de ella. Así Jesús se para al instante y dice: «Y bien, ¿qué quieres que yo te haga?» Aquel desdichado que habia obtenido la compasion de Jesús, le manifestó su deseo y le dijo: «Yo querria ver, porque estoy ciego.» No dijo más que una palabra; no tenia más que un deseo, por que no tenia más que una enfermedad; ¡Qué yo vea! Jesús le dijo: «¡Ve!» El habia sido escuchado. De la misma manera, pecadores, haced proceder vuestro deseo de un suspiro, ese suspiro que debería sernos familiar á todos nosotros, porque todos somos más ó menos pecadores: «¡Jesús, tened piedad de mi alma! ¡tened piedad de nosotros!» Y Jesús tendrá piedad de vosotros; él escuchará vuestro deseo. Decidle que os falta, cuánto necesitáis; ¡Ved, Dios mío! yo no puedo resistir esta pasion, vencer esta costumbre, retirarme de esta ocasion. ¡Oh! concededme pues la gracia, dadme pues la voluntad de cambiar mi corazón. Jesús os concederá cuanto le pidiereis. Por eso os pido la oracion como una cosa necesaria.

Os propongo también, hermanos míos, una asociación fraternal de oración común, y estoy seguro que comprenderéis esta palabra, y que querréis corresponder á ella. No hasta orar por cada uno de nosotros; es necesario también que oremos en común, y hasta oremos unos por otros. Esta oración común, hermanos míos, es de institución divina; fué instituida por nuestro señor Jesucristo cuando en el santo Evangelio dijo esta palabra, que debió inspirar todas las oraciones apostólicas: *Rogate dominum messis* (MATTH. IX, 38). «Rogad al amo de la cosecha.» Esta palabra de Jesús no ha sido jamás olvidada, y vemos que la oración común estaba en uso en tiempo de los apóstoles. Ellos la pedían sin cesar á los fieles; vemos á un san Pablo repetir en todas sus epístolas: ¡Oh hermanos míos, orad por mí, orad pues por mis obras, orad por mi predicación, orad por mi misión! Hé ahí lo que el apóstol S. Pablo repetía en todas sus epístolas, y hé ahí lo que los fieles practicaban siempre, como lo leemos aún en las Actas de los Apóstoles. Hermanos míos, en N. S. Jesucristo; si los tiempos han cambiado, las cosas nó; el cristiano no cambia con el tiempo; hé aquí lo que ahora también os pido, como los apóstoles en nombre de nuestro señor Jesucristo: si, una asociación fraternal, como una cruzada bien pacífica en esta parroquia: *Rogate dominum messis*. ¡Oh! rogad al amo de la mies. ¡Almas piadosas y dotadas de generosidad! á vosotras me dirijo principalmente en este momento; cómo vuestro corazón debe comprender este deseo! ¡Dios mío! hay acaso entre nosotros almas que os son bien amadas, y que deberán su salud á esta oración que llevaréis á bien hacer conmigo: *Rogate dominum messis*. ¡Oh! rogad al amo de la mies bendiga mis palabras á fin de que ellas puedan conmover los corazones. Si es vuestra voluntad, hermanos míos, yo os lo propongo; convengamos en un día en que oremos con más especialidad con esta intención común por las necesidades, por las almas de esta parroquia. Convengamos en que el sábado, dedicado á María inmaculada, oraremos más que lo de costumbre; diremos la santa misa, comulgaremos, haremos subir al cielo nuestras oraciones para obtener la misericordia de María, para obtener que todos en esta parroquia aprovechen las gracias, las misericordias que nos son propuestas, que se conviertan los pecadores, que los justos perseveren y se justifiquen más cada día.

En fin, hermanos míos, os propongo un tercer medio, que viene á completar los dos primeros: este es la asociación á la propiciación divina. Vosotros sabéis como oraba nuestro señor Jesucristo cuando estaba en la tierra; vosotros sabéis que no oraba precisamente con la palabra; Jesucristo oraba con la vista de su sangre. En el cielo aún

intercede con la vista de sus llagas por nosotros cerca de su Padre; Jesucristo intercedo y ora con sus méritos. Y bien; unámonos nosotros á su divina oración, unamos méritos á sus méritos, propiciaciones á sus propiciaciones, sacrificios á sus sacrificios. ¿No podríais, hermanos míos, verter algunas de vuestras penitencias, de vuestras mortificaciones, algunos de vuestros sacrificios en la fuente de la misericordia de Dios con la sangre de Jesucristo; mezclar, en cierto modo, la sangre de vuestro corazón con la sangre de Jesucristo, y hacer subir el todo hácia el cielo con la misma común intención por la santificación de las almas? Y bien; convengamos, además, habiéndonos dado palabra de reunirnos el sábado para rogar á la Madre de las misericordias, en darnosla también para asociarnos el viernes al pié de la cruz de Jesucristo. La identidad del lugar servirá todavía para la comunidad de intención y de súplica. Por lo mismo, que el viernes las almas generosas hagan un llamamiento á su caridad, á su corazón, y ofrezcan algunos sacrificios, algunas penitencias, algunas mortificaciones por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. ¡Si quisiérais además, hermanos míos, haceros aún nuestros intérpretes! En vuestras familias se hallan acaso algunos miembros enfermos, que no puedan asistir á los ejercicios de la estación. ¡Oh! si fuérais á encontrarles y pedirles hacer alianza con nosotros, decirles que sus hermanos van á rogar al cielo les dé la paciencia, les vuelva la salud, les asista en su lecho de dolor; pero suplicarles también á la vez, que nos envíen, que nos den, que entren á la parte en esta asociación, en este capital común, que establecemos en este momento con los méritos de sus padecimientos y su paciencia.

Y bien, hermanos míos, yo lo espero: hémos aquí en estado de lograr alguna cosa. Hemos hecho alianza con la tierra, la hemos hecho con el cielo. La santa palabra se verá como escollada, cómo acompañada por la reflexión y la oración, y hemos tremolado, hermanos míos, la bandera de María, la bandera inmaculada, que es una señal de esperanza, y lo será también de misericordia y salud eterna. ¡Ah! hémos aquí ahora en los términos que la Iglesia nos pide: «Recibamos, acojamos y pasemos todo el tiempo de la mortificación en la oración, la reflexión y la oración, y mereceremos así participar de la gloria de la resurrección de Jesucristo.» Esta es la dicha que os deseo. Amen.

PALABRA DE DIOS.

(SUS EFECTOS.)

IV.

Est autem hæc parabola: semen est verbum Dei.

El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios.

(LUC. VII. 41.)

Entre todas las parábolas del Evangelio, ninguna encuentro, ni más clara, ni más circunstanciada que esta. En ella Jesucristo nos habla de una semilla que se siembra en un campo; y preguntándole los apóstoles, que quería significar con esta parábola, les respondió, que la semilla es la palabra de Dios recibida en el corazón del hombre; y por la diversidad de tierras en que se siembra esta semilla, les hace ver muy por menor el bueno ó mal uso que se hace de su palabra. Una parte, dice, de esta semilla cayó á la orilla del camino, y fué pisada ó comida por los pájaros del cielo; otra cayó en una tierra llena de espinas, que confundiendo con ella, la sofocaron; la tercera cayó sobre piedra, y no hizo más que nacer y secarse; la última, en fin, cayó en buena tierra y dió su fruto á tiempo correspondiente.

Esto mismo, dice Jesucristo, sucede á la palabra de Dios. Es como una semilla que cae, ya á la orilla del camino, es decir, en unos corazones disipados de donde el demonio la quita; ya entre las espinas, que significan las inquietudes y solicitudes del siglo, que la sofocan é impiden no dé el debido fruto; ya en un terreno pedregoso, que representa aquellos corazones endurecidos en que la divina semilla no puede hechar raíces. Solo la buena tierra, que es un corazón bien dispuesto, dan fruto á su palabra y la reciben en un corazón bien dispuesto, dan fruto á su tiempo, unos más, otros menos, á medida de su buena disposición. Penetrados del espíritu de nuestro Evangelio, veamos que efectos causa la palabra de Dios en un corazón bien dispuesto. Este será

todo el asunto de la presente instrucción. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La palabra de Dios jamás queda sin fruto. Como el agua y la nieve bajan del cielo, y no se vuelven allá jamás, sino que riegan la tierra y la fecundan; del mismo modo, dice el Señor, mi palabra no volverá á mí sin fruto, sino que hará cuanto yo quiero, y producirá el efecto para que la he enviado (Isai. lv. 41). San Pablo, escribiendo á Timoteo, individualiza las ventajas de la palabra de Dios. Es útil, dice el santo, para instruir y enseñar: *utilis ad docendum* (II Timoth. iii. 16); primer fruto. Es útil para reprender y corregir: *ad arguendum, ad corripiendum*; segundo fruto. Es útil para instruir á un cristiano en la piedad, haciéndole perfecto y preparado para todo género de buenas obras: *Ad erudiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei, et ad omne opus bonum instructus*; tercer fruto. Así, la palabra de Dios tiene tres grandes efectos, que nos conviene explicar, á saber: enseña á los ignorantes, corrige á los pecadores y perfecciona á los justos.

Entre las espesas tinieblas que habitamos, tenemos un gran consuelo en la palabra de Dios, que, como dice el profeta, es una lámpara que nos alumbrá y que nos guía por las sendas que debemos caminar: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis* (Isai. lv. 41). ¡Cuánto no nos extraviáramos sin esta luz! Juzguémoslo por la infidelidad de tantos idólatras, á quienes no se ha anunciado el Evangelio; por los errores y las ilusiones de tantos herejes, que cierran maliciosamente los ojos á esta divina luz; por la ignorancia y desórdenes de tantos malos católicos, que se ven privados de pastores bastante capaces para instruirles, ó que descuidan de asistir á sus instrucciones. Nosotros seríamos ciegos y viciosos como ellos, si esta divina palabra no nos hubiese instruido de nuestras obligaciones, de las verdades de la religión que se deben creer, de la ley de Dios que se debe observar, de los sacramentos que se deben recibir. Y no solamente nos enseña en general las obligaciones del cristianismo, sino que también nos instruye en particular de lo que debemos hacer para santificarnos en nuestro estado. Ella enseña al padre de familia como debe criar á sus hijos, y á éstos el amor, respeto y obediencia que deben á sus padres; descubre al pecador las verdades prácticas, que la corrupción del siglo, el contagio de los malos ejemplos y las lisonjeras ilusiones del amor propio le habían ocultado siempre: dice al mercader, que tales y tales medios de que usa para enriquecerse, no son licitos; y prescribe á una mujer mundana

ciertas reglas de conducta, á las que jamás se habia acomodado con individualidad y en toda su extension. Esa mujer sabia muy bien que se debe amar á Dios de todo corazon; pero ignoraba que ese apego, esa aficion á su misma persona y á sus adornos, el amor del mundo y deseo de agradarle, eran incompatibles con el amor de Dios, que quiere le sacrificásemos todo lo que le es contrario. Ella, vuelto á decir, enseña al rico que debe usar más bien de su caudal; que lo necesario es suyo, pero lo supérfluo es de los pobres, y así, que debe usar de ello para procurar algun alivio á los necesitados, no para contentar sus pasiones. En estas y otras semejantes ocasiones la palabra de Dios nos instruye: *utilis ad docendum*.

2. *Ad arguendum, ad corripiendum*. La palabra de Dios es útil para reprender y corregir, porque trae al corral la oveja perdida, retrae al pecador de sus desórdenes, impide que se suelte la lengua del murmurador contra el prójimo, advierte al voluptuoso, que pasa los días en un continuo flujo y reflujo de placeres, que su delicadeza y sensualidad no están exentas de pecado delante de Dios, y que debe temer no se cumpla en su persona aquella terrible sentencia: atormentadle á medida de las delicias que ha gozado: *Quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum* (APOC. XVIII, 7). La palabra de Dios mueve á esta persona, que parecia insensible: sí, dice san Agustín, aunque estéis tan frios como la nieve, tan congelados como el mismo hielo, tan duros como el cristal, no desespereis: *Non desperet nix, non desperet glacies, non desperet cristallum* (AIG. IV, PSALM. 74). La palabra de Dios calentará lo que está frio, liquidará lo que está helado, romperá lo que está duro: el espíritu del Señor soplará, y de los ojos del pecador fluirán las lágrimas de penitencia: *Emittet verbum suum, et liquefaciet ea: stabit spiritus ejus, et fluent aqua* (PSALM. 174). Sea en hora buena un hombre perdido, sea un corazon de piedra, no importa; la misericordia de Dios es bastante poderosa para ablandarlo. El mismo Señor nos dice por el profeta Jeremías, que su palabra es como un martillo que quebranta las peñas: *Verba mea quasi malleus conterens petram* (JEREM. XXIII). Y prosigue hablando por boca del mismo profeta: *Ece ego do verba mea in ore tuo in ignem, et populum istum in ligna, et vorabit eos* (JEREM. V, 14). Profeta, yo desde ahora pongo en tu boca mis palabras cual fuego devorador, y le doy ese pueblo por leña, para que sea de él consumido.

Tal ha sido la palabra de Dios, no solamente en la boca de los profetas, sino también en la de los apóstoles, y en la de sus celosos sucesores en el ministerio de la predicacion, como lo atestigua el

gran número de conversiones de que la sagrada Escritura y la historia eclesiástica nos dan el más fiel testimonio. Aún hay es estos tiempos, y habrá hasta el fin de los siglos, hombres apóstólicos, en cuya boca ponga Dios palabras de salud, capaces de mover los corazones, y de convertir los más grandes pecadores. Si acaso somos ya del número de aquellos dichosos que van por el camino de la salvacion, la palabra de Dios tiene un tercer efecto, que es conducirnos á la perfeccion y á la práctica de toda especie de buenas obras.

5. *Ad erudiendum in justitia* etc. ¡A que grado de perfeccion no condujo la palabra de Dios á los primeros cristianos, á ese número infinito de mártires, de confesores, de vírgenes y de solitarios, cuya memoria honramos en el discurso del año! Vosotros, los que leéis las vidas de los Santos, sabéis que una sola palabra de la Escritura, entendida en el sentido de la Iglesia, les ha hecho subir muchas veces al más eminente grado de piedad. Estas palabras de Jesucristo, *si quieris ser perfectus, vende todo lo que tienes, dálo á los pobres, y sígueme*, hicieron de S. Antonio el más perfecto de todos los solitarios. No necesitaba más, porque solas esas palabras llenaban su corazon. ¿De dónde viene, me direis, una mutacion tan asombrosa? Viene, dice S. Pablo, de que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos: *Vivus est sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio anticipiti* (HEBR. IV, 12). La espada solo penetra el cuerpo; pero la palabra de Dios penetra hasta los senos más secretos del alma, y discierne los pensamientos é intenciones del corazon. ¿Quieres saber, dice S. Agustín, cual es el filo de esta espada espiritual y que divisiones hace? Pues esclámate atento: ella separa al santo del impío, al hijo del padre, y á la hija de la madre. Un hijo de familias quiere, por ejemplo, consagrarse á Dios; pero su padre se lo impide: pues entónces la palabra de Dios viene á ser una espada que separa al hijo del padre. Cierta doncella quiere consagrarse á Jesucristo; pero lo repugna su madre: pues entónces esta espada cortante saja y divide á la una de la otra. Ese otro pecador quiere dejar el mundo en todo lo que le sirve de obstáculo á su salvacion; pero sus amigos se lo quieren disuadir: pues entónces la palabra de Dios viene, toca su corazon y le separa de las malas compañías. A vosotros os toca al presente examinar que fruto ha producido en vosotros la palabra de Dios, ó si acaso la habeis oido sin utilidad alguna.

Examinad aqui, os ruego, como hace muchos años que estais oyendo sermones, y habeis sobrevivido á muchos predicadores; pero, no obstante, siempre sois los mismos, siempre tenéis la misma dureza

de corazon, y la misma insensibilidad acerca de vuestra salvacion. Temblad, pecadores, que tantas veces habeis oido esta divina palabra, y otras tantas la habeis rechazado; ya estais próximos al término de vuestra perdicion y en peligro de perecer, como aquel infeliz réprobo rey á quien Samuel dijo estas terribles palabras: *Quia projecisti sermonem Domini, et projecit te Dominus* (REC. xv, 25). Con todo eso, no hay cosa más comun que el menospreciar la palabra de Dios. A la manera de aquellos judios cautivos en Babilonia, de quienes se hace mencion en el profeta Ezequiel, los cristianos de estos tiempos hacen chacota de ella en lugar de practicarla: *Audiunt sermones meos, et non faciunt eos, quia in canticum oris sui vertunt illos* (EZEQ. xxxii, 54). Hablamos como los libros y los sermones, y vivimos como infieles. Oyese decir, que los que no hicieren penitencia perecerán; y esta penitencia solo se encuentra en las conversaciones ó en los libros. Predicase que ni los fornicarios, ni los adúlteros etc., entrarán en el reino de los cielos, y vemos que nadie se corrige de esta especie de pecados. Oyense decir cosas espantosas de la corrupcion del siglo, y de la incertidumbre de la muerte, de la severidad del juicio de Dios: y con todo eso, ni se tiene más piedad, ni más modestia, que si jamás se hubiera oído hablar de estas cosas.

Haced, Señor, que en adelante tengamos más atencion y más respeto á vuestra santa palabra; el oír la con gusto es la señal de vuestros escogidos: *Qui ex Deo est, verba Dei audit* (JOANN. viii, 47). Vos, Señor, habeis dicho, que vuestros siervos serian dóciles á vuestras instrucciones: *Erunt omnes dóciles Dei* (JOANN. vi, 45). Haced, oh mi Dios! que nos sujetemos con toda docilidad á vuestra divina palabra, de modo que jamás la oigamos para nuestra condenacion, sinó que produzca en nosotros frutos dignos de la eterna bienaventuranza, que os deseo, etc.

DIVISIONES.

PALABRA DE DIOS.—No nos amedrenta sinó para sacarnos de un funesto adormecimiento.

No nos acusa sinó para inducernos á nuestra justificacion.

No nos hiere sinó para curarnos.

PALABRA DE DIOS.—Sembrando la palabra de Dios es como la Iglesia á venido á ser fértil.

Sembrando esta divina palabra en nuestro corazon es como la gracia nos dá la fecundidad de las buenas obras.

Por esta divina semilla es como la Providencia ha proveído y proveerá al alimento de las almas cristianas.

PALABRA DE DIOS.—Debe ilustrar el entendimiento.

Debe afirmar el corazon.

Debe hacer callar la concupiscencia.

PALABRA DE DIOS.—Quiere ser estimada aún en los labios del más simple predicador.

Quiere ser ayudada por el ejemplo de los fieles oyentes.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Qui autem verba ejus, que loquetur in nomine meo, audire noluerit, ego ultor existam. Deuter. xviii, 19.

Sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo; non revertetur ad me vacuum, sed faciet quaecunque volui, et prosperabitur in his, ad que misi illud. Isai. lv, 11.

Dixit Dominus ad me: Noli dicere: Puer sum: quoniam ad omnia, que mittam te, ibis; et universa quaecunque manda- vero tibi, loqueris... Ecce dedi verba mea in ore tuo. Jerem. i, 7 et 9.

Scriptum est: Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. Matth. iv, 4.

Omnis ergo, qui audit verba mea hæc, et facit ea, assimilabitur viro sapienti, qui edificabit domum suam supra petram. Idem vii, 24.

Mas el que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.

Así será de mi palabra una vez salida de mi boca: no volverá á mi vacía ó sin fruto, sinó que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié.

El Señor me replicó: No digas: soy un jovenito: porque con mi auxilio tú ejecutarás todas las cosas para las cuales te comisione, y todo cuanto yo te encomiende que digas, lo dirás... Mira, yo pongo mis palabras en tu boca.

Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sinó de toda palabra ó disposicion que sale de la boca de Dios.

Por tanto, cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra.

Omnis qui audit verbum regni, et non intelligit, venit natus, et rapit quod seminatam est in corde ejus. Math. xiii, 19.

Semen est verbum Dei. Luc. viii, 11.

Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Idem xi, 28.

Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam aeternam. Joann. v, 24.

Qui ex Deo est, verba Dei audit. Idem viii, 47.

Qui spernit me, et non accipit verba mea: habet qui judicet eum: sermo, quem locutus sum, ille iudicabit eum in novissimo die. Joann. xii, 48.

Verbum Dei non est alligatum. II Timot. ii, 9.

Prædica verbum, insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia, et doctrina. Idem iv, 2.

Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt... Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangeliste, ministerium tuum imple. Idem, ibid. 5, et 5.

Cualquiera que oye la palabra del reino de Dios ó del Evangelio, y no para en ella su atención, viene el mal espíritu, y le arrebató aquello que se había sembrado en su corazón.

La semilla es la palabra de Dios.

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

Quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna.

Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios.

Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue: la palabra evangélica, que yo he predicado, esa será la que le juzgue en el último día.

La palabra de Dios no está encadenada.

Predica la palabra de Dios, insiste con ocasión y sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.

Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina... Tú entretanto vigila en todas las cosas de tu ministerio, soporta las aflicciones, desempeña el oficio de Evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La palabra de Dios es figurada en el prodigioso maná, que tan sabroso era á todos los corazones rectos, piadosos y agradecidos, como

fastidioso y nauseabundo á los ingratos y terrenos, llegando al extremo de posponerle á los ajos, cebollas y otros manjares inmundos del Egipto: *Anima nostra jam nauseat super cibo isto levissimo* (NUMER. XXI, 5). La divina palabra es también muy sabrosa á los corazones piadosos; pero repugnante á los estragados y perdidos.

Esto se ve confirmado con lo que dice Dios á Ezequiel de su obstinado pueblo: *Veniunt ad te... et audiunt sermones tuos, et non faciunt eos* (EZECH. XXXIII).

Los hombres poderosos y libertinos quisieran oír de boca de los ministros de Dios alabanzas de su perversa conducta, y no amenazas; pero éstos deben conservar toda la firmeza para hablar el lenguaje de la verdad, aunque sea al hombre mas poderoso del mundo. El profeta Miqueas puede servirles de ejemplo; el cual, aun amenazado con la prisión y la muerte, no calló la verdad ni las terribles disposiciones de Dios al impío rey Acab (III REC. 12).

La palabra de Dios es muy eficaz, nunca es del todo estéril (ISA. 53), es como un fuego que abrasa, como un martillo que rompe y desmenuza las más duras piedras (JEREM. XXIII). Entre los muchos ejemplos que confirman estos divinos oráculos citaremos el de los Nínivitas, próximos á experimentar el más completo exterminio por sus muchos y horrorosos crímenes (JON. III).

No es ménos digno de referirse el ejemplo del pueblo de Israel recién llegado de un largo cautiverio. Así que oyó leer por Esdras el libro de la ley del Señor, y vió cuan diferentemente había obrado, se entregó á un llanto inconsolable; *Flebat enim omnis populus cum audiret verba legis* (II ESDR. VIII).

Uno de los mayores castigos con que suele Dios afligir á un particular ó á un pueblo pervertido, es el privarle de su divina palabra. Este suele ser el último castigo que Dios tiene escondido en los tesoros de su justicia, y como la amenaza más terrible la que hizo por el profeta Amos: *Ecce dies veniunt, dicit Dominus: et mittam famem in terram: non famem panis, neque sitim aque, sed audiendi verbum domini... Circuibunt quærentes verbum Domini, et non invenient* (AMOS VIII).

La palabra de Dios, para producir fruto, debe ser oída con un corazón recto y sincero, no con doblez, malignidad, ni por curiosidad. De esta diferencia de disposiciones provenia el diferente efecto que hacían las doctrinas de Jesucristo. Del pueblo, naturalmente sencillo, está escrito: *Et omnes testimonium illi dabant, et mirabantur in verbis gratiæ, que procedebant de ore ipsius* (LUC. IV). De los obstinados escribas y fariseos está escrito (cuando no podían negar

la pureza de su doctrina ni la evidencia de sus milagros): *Mirabantur, sed non convertebantur* (S. AUGUST.).

Hasta el incestuoso Herodes pagó su tributo de respeto á la palabra de Dios anunciada por el Bautista (MARC. 6).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Evangelica precepta nihil sunt aliud quam magisteria divina, fundamenta edificande spei, firmamenta corroborande fidei, munimenta fovendi cordis, gubernacula dirigendi itineris, presidia obtinende salutis. S. Cyprian. de Orat. Dom.

Si in viris prudentibus expectari id maxime solet, ut ea que loquuntur, gravitate eorum, doctrinaque digna sint, omnis sermo non sit vagus;... quanto magis id celestibus eloquiis opinandum est, ut, quidquid in his excessum est, divinum, rationale, et perfectum esse existimetur? S. Iliar. in Psalm. 133.

Quoties episcopi et sacerdotes in ecclesia predicant, toties convivium preparatur: in hoc autem convivio tales potiones, taliæque infirmis antiodta anteponuntur, quibus cæci illuminantur, paralytici curantur, mortui resuscitantur, omnesque morbi, omnesque infirmitates sanantur. S. Basil. Hom. 2 de jejun.

Quisquis verbo Christi pasci-

Los preceptos evangélicos no son otra cosa que la enseñanza divina, el fundamento en que estriba la esperanza, la base sobre que descansa nuestra fe, el confortativo que alienta nuestro amor, el timon que dirige nuestro rumbo, el medio eficaz de obtener la eterna salvacion.

Si de cualquiera hombre sábio y prudente no atendemos expresion que no sea digna de su prudencia y doctrina, sinó antes bien un discurso ó conversacion llena... ¿cuánto más deberemos espararlo de los oráculos celestiales, persuadidos de que cuanto contienen ha de ser divino, razonable y perfecto?

Siempre que los Obispos y sacerdotes predicán en la iglesia, se nos prepara un banquete, en el cual se ofrecen á todos bebidas tan suaves, antidotos tan seguros, que iluminan á los ciegos, curan á los paralíticos, resucitan á los muertos y ahuyentan cualquiera enfermedad, cualquiera languidez espiritual.

Cualquiera que se alimenta de

tur, terrenum pabulum non requirit. Nec enim potest panem sæculi capere, qui panem refectitur Salvatoris. Ipsa enim omnium refectio est que saginat animam, que impinguat viscera, cum de divinis Scripturis cibum eloqui perennis accipimus. S. Ambros. in Psalm. 40.

Quomodo possunt verba Dei dulcia esse in faucibus tuis, in quibus est amaritudo nequitiæ? S. August. in Psalm. 118.

Sermo Dei adversarius tuus est. Idem in Psalm.

Verborum foscuculos non queramus: qui maturitatis fructum querit, despiciat amœna camporum. S. Chrysolog. Serm. 48.

Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei: ergo si defecerit verbum Dei in mundo, defeceret fides Christi, et omne lumen necessario veritatis. S. Bernard. Serm. 10.

la palabra de Dios, no anhela el pan ó goces del mundo; porque es imposible que pueda saborearse en ellos despues de haber gustado la dulce palabra del Salvador; siendo ella un alimento que fortalece nuestro espíritu, y sacia nuestro corazon, cada vez que lo tomamos de las divinas Escrituras.

¿Cómo puede ser dulce la palabra de Dios en tu corazon, mientras esté acibarado con el ajeno del crimen?

La palabra de Dios ha de ser tu fiscal.

No busquemos los adornos de las frases; el que va en busca de sazonados frutos, no hace caso de floridos prados.

La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicacion de la palabra de Dios. Luego, si faltase la palabra de Dios en el mundo, faltaria tambien la fe de Cristo, y la luz indispensable para conocer la verdad.